

24ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 18,21-35.

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó:

-Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?

Jesús le contesta: -No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Y les propuso esta parábola. Se parece el Reino de los Cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así.

El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:

-Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándolo lo estrangulaba diciendo: -Págame lo que me debes.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: -Ten paciencia conmigo y te lo pagaré.

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:

-¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

EL ARTE DE PERDONAR

El pasaje del Evangelio de hoy nos ofrece **«una enseñanza sobre el perdón»**, un perdón que no niega el mal sufrido sino que reconoce que el ser humano, creado a imagen de Dios, **«siempre es más grande que el mal que comete»**. San Pedro pregunta a Jesús **«Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿hasta siete veces?»**

A Pedro le parece demasiado perdonar siete veces a una misma persona aunque, quizás, a nosotros nos puede parecer mucho hacerlo solo dos veces. Pero Jesús le responde: **«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»**, es decir, siempre. **«Debemos perdonar siempre»**. Y lo dice contando **«la parábola del rey misericordioso y del siervo despiadado»**, en la que queda patente la incoherencia de aquel a quien primero le ha sido perdonada una gran deuda y después se niega a perdonar una deuda insignificante.

Perdonar es algo muy serio y **«humanamente muy difícil»**. No cabe, pues, hablar de perdón a la ligera, sin darnos cuenta de lo que supone a una persona perdonar. Es por ello, que, además del **«mandato de Jesús»**, es importante que tengamos un **«motivo para perdonar»**. Y eso es lo que Jesús hace con la parábola de hoy. En la parábola queda claro por qué debemos perdonar. Simplemente, **«¡porque Dios, antes, nos ha perdonado, ahora, nos perdona y nos seguirá perdonando siempre!»**

Vemos en esta parábola **«dos actitudes»** diferentes: la de Dios, representado por el rey, que perdona tanto, porque Dios perdona siempre, y la del hombre, representada por el empleado indigno. **«En la actitud divina, la justicia está impregnada de misericordia»**, mientras que **«en la actitud humana»**, tan preocupada por la justicia, esta se reduce a una **«justicia racional e inmisericorde»**. Por eso Jesús nos exhorta **«a abrirnos al poder del perdón»**, porque bien sabemos que no todo en la vida se resuelve con la justicia. Es necesario ese **«amor misericordioso»**, que se muestra en la respuesta de Jesús a la pregunta de Pedro de cuántas veces hay que perdonar y que le dice que **«hay que perdonar siempre»**.

San Pablo ya lo decía, **«Como el Señor os ha perdonado, haced así también vosotros»**. Superada la ley del talión del **«ojo por ojo, diente por diente»**, el criterio de justicia ya no es: **«lo que el otro te ha hecho a ti, házselo a él»**, sino, **«lo que Dios te ha hecho a ti, házselo tú al otro»**. Jesús, además, no se limitó a mandarnos perdonar. Jesús perdonó primero. Mientras le clavaban en la cruz rogó al Padre diciendo: **«Padre, ¡perdónales, porque no saben lo que hacen!»**. Es lo que distingue la fe cristiana de cualquier otra religión.

También «Buda» dejó a los suyos la máxima: «No es con el resentimiento como se aplaca el resentimiento; es con el no-resentimiento como se mitiga el resentimiento». Pero Jesús no se limita únicamente a señalarnos este camino de perfección, sino que además «nos da la fuerza» para recorrerlo. No nos manda sólo perdonar, sino que «actúa con nosotros, nos acompaña siempre en el difícil arte de perdonar». En esto consiste «la gracia de la fe». El perdón cristiano va más allá de la no-violencia o del no-resentimiento.

¡Cuánto sufrimiento, cuántas divisiones, cuántas guerras podrían evitarse, si el perdón y la misericordia fueran el estilo de nuestra vida! Es necesario «aplicar el amor misericordioso» en todas las relaciones humanas: entre los esposos, entre padres e hijos, en la Iglesia y también en la sociedad y la política.

Perdonar no es fácil y requiere «trabajo y perseverancia» y pensar en nuestro final seguro que nos ayuda a perdonar. Así nos lo dice el Papa Francisco, citando el libro del Eclesiastés, de la primera lectura de este domingo: «Piensa en tu final y deja de odiar». Y es que muchas veces queremos perdonar pero el rencor una y otra vez vuelve a nuestros pensamientos y no conseguimos perdonar. Perdonar no es, pues, sólo una decisión, es «una lucha continuada» contra este rencor, contra ese odio que vuelve. «Pensemos en el final y dejemos de odiar».



Por otra parte, esta parábola nos ayuda a comprender plenamente el significado de esa frase que decimos en la oración del «Padrenuestro»: «Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Estas palabras contienen una verdad decisiva. No podemos pretender para nosotros el perdón de Dios, si nosotros no concedemos el perdón a nuestro hermano. Es una condición del Evangelio.

Dios es el amor que nos hace libres, que acepta nuestro alejamiento, como el hijo pródigo, pero que «espera cada día nuestro retorno». Es el amor audaz del pastor que «va en busca de la oveja perdida». Es la ternura que «acoge a cada pecador» que llama a su puerta. Dios, nuestro Padre, está lleno de amor y de perdón. Él nos lo ofrece como gracia, pero sólo llegará a nosotros «si abrimos nuestro corazón al amor y al perdón por los hermanos». ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

17 de septiembre de 2023